

El culpable

Laureano Castrejón

Era un tribunal fantástico. Allí estaban todos: desde los ricos y altos Lores, a los humildes. Todos como oidores, esperando la llegada de los jueces principales.

La pléyade discurría el porqué de la invitación a este gran estrado, tan grande, que a pesar de todo, ¿no cabía un alfiler!

Sí, había mucha gente, de todas razas, de todos pueblos. La comunicación era fuerte entre la turbia muchedumbre, pero... ¿por qué esta reunión?

Algo diferenciaba al heterogéneo grupo: la serenidad. ¿Y por qué ésta? Bueno, porque no se encontraban miembros de la policía, ni difamadores, ni del hampa, ni guerrilleros, "ni secuestradores".

Todos eran humanos, y todo esto era tan humano, que la misma gente estaba en gran promiscuidad.

Tres golpes se dieron con un cayado, sí, con un simple cayado del campo, pues en este tribunal no importaban los lujos. Penetraron tres personas, una vestida de blanco, sotana por supuesto, y cuyo nombre era Paz Humanité. La segunda tenía una combinación de verde con vivos blancos a su alrededor. Su nombre: Esperanza Test. La tercera venía de negro y se hacía llamar Lugubris Vestis. Ocuparon la mesa de los jueces.

El mutismo en la gran sala desapareció y surgieron breves comentarios.

Sonó el cayado otra vez, ahora seis veces, y surgieron por el dintel de la puerta: un caballero triste, con la adarga al

brazo y la lanza en ristre y se sentó en el primer lugar. Luego, apareció un señor con una pequeña barba puntiaguda y un adorno de seda alrededor del cuello. Vestía a la usanza antigua, mas no muy antigua; su mano izquierda daba la apariencia de estar inútil. Se sentó junto al caballero y lo saludó como si lo conociera. En tercer lugar, entró un tipo con apariencia florentina. Miró a los jueces con indiferencia y se sentó rápidamente. La cuarta figura era una mujer con porte inglés y el cabello corto, diríamos al estilo "príncipe valiente": sus pasos, como los que dan los soldados, la dirigieron al cuarto asiento. Subsecuentemente penetró una persona con apariencia de viejo, más bien caduca; su paso paulatino lo dirigió a su asiento correspondiente. La última en penetrar en el estrado era algo que parecía más que una persona, su personalidad se hacía sentir y su mirada franca, y a la vez tímida, hizo que surgieran diversidad de comentarios.

Paz Humanité dijo: — ¡Silencio! , que esto no es una romería. Le dejó la palabra a Esperanza Test.

Esperanza Test dijo a la vez: — Bueno, yo se la paso a Lugubris Vestis.

El último personaje de la mesa de los acusados (sí, porque todos los personajes estaban en esa mesilla) esbozó una sonrisa.

Lugubris Vestis habló, porque no le quedaba otra, ¿ya no había a quién pasar-

le la palabra! : —Estamos reunidos aquí, para solucionar los problemas del mundo. Tuvimos un ligero contratiempo: los acusados no se presentaron, y como no se presentaron tuvimos que agarrar a éstos —refiriéndose a los personajes— allá en la calle.

Test interrumpió: —Bueno, la realidad es que ellos se decían culpables y pedían, a la vez, un juicio, y aprovechando la oportunidad los trajimos aquí.

Paz Humanité con voz áspera dijo: —¡Silencio! , que haya orden, repito que esto no es una romería, es un estrado y hay que tener orden. Empecemos. . . —Un momento —dijo Lugubris Vestis— falta aclarar una cosa muy importante.

—¿Qué es? —dijo Esperanza Test.

—Bueno, es el porqué hay aquí sólo gente seleccionada.

—Ah, es verdad, continúa.

—No hemos permitido el paso a gente “inmoral”, puesto que, se supone que por ésta es por lo que nos estamos autodestruyendo —dijo con voz más o menos tenue.

—¡Correcto! —dijo Paz Humanité y después replicó:

—¡Ah! , qué no les he dicho que: ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Escuchábanse murmullos, a pesar de la rigidez del juez vestido de blanco y era porque ¡había tanta gente! , que era casi imposible ser sumiso a la “Ley”.

La pléyade también murmuraba: ¿Qué era todo esto? —se preguntaban— ¿acaso un concilio verdadero u otra farsa más?

—¿Quiénes eran esos personajes? , el segundo, por ejemplo, decía en su mente un crítico lírico. ¿Cómo se parece a Cervantes! ¡Pero no, es imposible!

Lugubris Vestis tocó con su martillo el gran escritorio y pronunció: —¡Que dé principio el juicio! Pido al primer caballero se ponga de pie y ¡que se . . . acuse o diga algo a su favor!

Taciturno se paró el acusado y dijo con melodiosa voz fina al oído. Yo me acuso de. . .

—¡Un momento! , casi gritando Paz Humanité dijo, no se olvide de decir su nombre, para que el secretario “Leyes” tenga algo más detallado, que le pueda servir o perjudicar.

—¡Está bien! , dijo muy turbio el per-

sonaje, mas. . . no pensaba que pidieran datos. Bueno, no importa, el nombre es lo de menos y lo diré al último —dijo.

—Yo me acuso de haber penetrado a la mente de un humano —dijo muy inconcuso.

—¿Cómo! , exclamaron todos.

—¡No se asusten! Les aseguro que los que estamos aquí somos simple fantasía. ¡No se asusten y escuchen con atención! —dijo en forma irónica.

—Decía yo que penetré en la mente de un escritor y nadie como yo es culpable, ya que, de sus sentimientos más profundos, hice el relato de mi vida en muchas hojas de papel. Esa es la verdad y no la callo. Traté también de sofisticar a la mente humana y llevé una gran decepción al ver que todas son iguales.

—Digo, pues, ¿quién, quién aprovechó la lectura de mi vida? Sí, porque hasta eso, llegué por medio de el que inspiré a editar un libro.

—Perdón que lo interrumpa —dijo Test— pero. . . ¿de qué libro habla?

Y dijo el caballero: —De *Don Quijote de la Mancha* y que ahora, amargado y triste por no haber logrado mi afán, al internarme en la mente del escritor. ¡Violación muy grande, porque yo vengo del cielo! Digo que sólo fue *La mancha de don Quijote*.

—Mi nombre es Alonso Quijano, hidalgo, peregrino y servidor de ustedes, ¡yo soy el culpable!

Inquieto desde que había escuchado todo, y terminando el caballero de hablar, el segundo personaje se puso de pie y dijo: —¡Mentira! El verdadero culpable soy yo. ¿Lo oyeron? : ¡Soy yo!

—No os incitéis —dijo el juez principal, o sea, Esperanza Test, tratando de calmar un poco al personaje de la mano inútil.

—Sí, tiene razón Test —dijo paulatinamente Paz Humanité— esto, repito, ¡no es una romería!

—Está bien —dijo arrepentido el personaje. Pero, ¿acaso no tengo derecho de expresarme?

—No seas obstinado, ni rústico caballero —dijo Lugubris Vestis. Claro que puedes expresarte, pero no a gritos. A ver, qué tienes que decirnos.

—Es muy poco —dijo— sólo desmentir

de culpabilidad a Quijano.

—Pero, ¿por qué? —dijo Vestis.

—Bueno, en realidad yo sólo sé que el libro, del que él muy explícitamente habló, fue hecho por una sola razón: ¡Egoísmo!

—¿Cómo podéis decir esto? ¿Tenéis pruebas?

—¡Claro que tengo pruebas! ¡Yo lo hice!

—¿Vos? —dijo Paz Humanité— ¡pero si acabamos de oír que el autor es el hidalgo!

—¡Por eso lo desmiento! , dijo el manco, y digo que no es culpable.

—¡Pero cómo! , dijo parándose el primero.

—¿Cómo os atrevéis a decir eso!

—Con mi boca —dijo el manco.

—¡Silencio! , dijo Paz Humanité dirigiéndose al público, no sabéis que. . .

—Sí, sí, que esto no es una romería —dijo irónicamente Lugubris Vestis.

—¡No! Además de eso, quiero expresar que la persona que habla, habló ya y no tiene derecho a decir otra palabra —exclamó: ¿Quedó claro?

—Está claro —dijo sentándose de nuevo el hidalgo.

—Continúe —dijo Humanité.

—Les decía —dijo el segundo— que esa obra fue hecha con egoísmo y conste que no he dicho que nadie me inspiró. Sí me inspiraron y fue precisamente Alonso, el hidalgo. Pero había conocimientos muy profundos que al escribir sentía. Ahora lo sé fue sólo la envidia lo que dictaba mi mente, por lo vivido en mi cuerpo, por eso escribía. Y como era humano, como era escritor, al tratar de romper el emblema de las novelas de caballerías, hice lo reluciente y me confundí. De no haber sido por el hidalgo, no hubiera escrito más que sandeces y, ¡qué sandeces escribimos a veces!

—Esa es mi verdad y no la callo.

—Mi nombre: Miguel de Cervantes Saavedra; soldado, escritor y hombre.

—¡Yo soy el culpable!

—No lo creo —refirió el tercero de aspecto italiano— yo soy escritor y os defiende.

—¿De qué lo va a defender? Dígame —exclamó Lugubris Vestis.

—De la realidad, y no niego que haya

alguien que inspire, pues, yo tuve mi musa, Beatriz, hija de Foleo Portinari. Muchos me adunaron al misticismo y ¿saben de qué me acuso? : de místico.

—Fui místico, pero no cito mi *Vita Nuova*, sino Dios y las pruebas ¿queréis pruebas?

—¡Claro! —dijo Test.

—Leed mi obra y las encontraréis.

—¿Y cuál es vuestra obra? —dijo Humanité.

—*La Divina Comedia*, una visita de mi imaginación, junto a Virgilio, al infierno, el purgatorio y el cielo —agregó.

—Me acuso de místico y de no haber encontrado a Dios, ni a mi Beatriz. Y más que nada, como vos Cervantes, de haber sido un egoísta. Disculpadme más que vos, pues si mi obra iba destinada al mundo, nunca creó ninguna ideología, por ser tan complicada y llena de alegorías.

—¿Por qué alegorías? —replicó Vestis.

—Porque en ellas intenté crear una querella, de querer encontrar a mis dos grandes amores: Dios y Beatriz.

—Mi nombre Dante Aligheri, florentino, místico y hombre. ¡Yo soy culpable!

—No lo creo —dijo el cuarto personaje— vos siquiera tuviste el afán de encontrar algo; yo encontré mucho, pero no lo supe valorar.

—¿Y qué es lo que encontraste, mujer? —dijo Vestis.

—Encontré el amor a mi Patria, a mi rey. Y pensar que éstos, al estar yo en la hoguera no se atrevieron a salvarme. Yo, una mujer, me acuso de haber confiado en los hombres y menospreciar a Dios.

—¿Es verdad esto? —dijo Esperanza Test.

—Claro, algo que aprendí en esta cruda vida fue a no mentir y lo que digo sale de mi corazón —pronunció fuertemente.

—¡Calma! ¡Calma, sé que estáis nerviosos! Pero calmad sus ímpetus —dijo Humanité.

—Vos como sois mujer —sugirió Test— debéis descansar, os veo bastante nerviosa, así que pido un receso de diez minutos sin desalojar la sala.

Mientras tanto, los traductores estaban agotados y ellos sí, creo, merecían un descanso. Primero les hablan en español, luego en italiano y por último en inglés y

todavía faltaban dos acusados. ¿En qué idioma hablarían éstos?

La pléyade, estaba muy confusa, pues no creía esto. Y si estas personas, que se supone son intelectas, estaban turbias. ¿Cómo estarían los demás! Que a pesar de ser buenos, no tenían la suficiente capacidad para interpretar esto. Los jueces discurrían también; esto era más de lo que se esperaban. Transcurrieron los minutos y el juez principal se levantó y dijo: — ¡Continúa la sesión!

— ¿Pero cuál sesión? — dijo con tono grave Lugubris.

— Ah, sí. . . perdón — respondió Test— eh . . . ¡Continúa el juicio!

— Le suplico a la señorita se ponga de pie.

Así lo hizo el cuarto personaje y dijo:

— Repito que me acuso de jactancia hacia los hombres, y sobre todo, hacia mi rey. Escuché voces, eso es verdad, y podría decir que gracias a ellas me he salvado; me acusaron de bruja, de hechicera, pero estoy segura que no lo soy. Tuve un afán, ¿lo conseguía en verdad? No sé, pero por éste dejé el campo y figuré en la "Historia". Por eso me acuso, por jactancia, por no haber vivido como lo soy, y que muchos dudaron que era; sólo porque me veían luchar como hombre. ¡Soy una mujer! ¿Entienden? ¡Una mujer que amó su patria, y que por eso olvidó un poco de Dios y de lo que era. No me arrepiento, pero me acuso de ¡jactancia! Mi nombre es Juana de Arco. ¡Yo soy la culpable!

Desapareció un poco la inquietud de los oyentes, y las viejas lloraban.

Se rompió el mutismo y Test dijo: — Bueno, continuemos. Y vos, dirigiéndose al quinto, ¿qué tenéis que decir?

— Yo — dijo con fino acento — yo me acuso de ser la cabeza de la iglesia. Sí, de la iglesia adonde los "fieles" van para que los vean y admiren, sin tener nada que admirarles.

Porque, ¿qué se les admiraría si no tienen respeto, ni cumplen los mandamientos de Dios?

Yo comprendo, es difícil, puesto que yo también fui humano pero. . . me acuso también de resguardar las puertas del cielo y que ahora me digan santo. Muchas

veces no obro con honestidad y me dejo llevar por los sentimientos y he dejado pasar gente con manchas en el alma. Ese trabajo no era para mí, y mi amado "Maestro" me lo confirió. Y si no he obrado con sensatez es porque entran tan pocos y muchas veces me da pena ver a tantos sufrir en el infierno. Y pedir que se les moje con la punta del dedo, la punta de la lengua pues, ¡las llamas son inmensas y el calor sofocante!

Y como el que llega ahí no retorna a los cielos, a la gente suplica, ¡como José y María en su peregrinar! , el descanso. . . pero de su alma, o la mando al purgatorio, ¡que ya no caben! , o la dejo entrar con dos o tres pequeños pecados en la mente.

Me acuso de no ser honesto con todos, y vos, Dante, tenías mucha razón al escribir tu *Comedia Divina* o. . . perdón ¿cómo se llama?

¡Ah sí, *Divina Comedia*. Sí, tenías toda la razón, por algo dejé a tu alma entrar, ¿recuerdas?

Amé mucho a mi "Maestro". Y hay una cosa de la que me he arrepentido siempre, ni aun perdonado, se me podrá olvidar. Y es:

¡Haberlo negado! ¡Y tres veces! ¡Ese es mi máximo delito! ¡Ese es! , y el no ser honesto, también lo es.

Me llamo Pedro, "cabeza de la iglesia" y santo, discípulo de Cristo y guardián de las puertas del cielo ¡Yo soy el culpable!

Ya los jueces estaban más atónitos; hasta un santo se llamaba culpable.

La pléyade ya no creía nada y gritaba a su modo: ¡Farsa! ¡Este juicio es una farsa!

Y la gente los seguía e impulsaba. ¡Sí, una farsa!

Mas de repente, se paró el sexto personaje y con dulzura los miraba. La gente sintió curiosidad por ver quién era este último personaje, este último acusado, y se calló la boca.

Los jueces, totalmente desorientados, y para tergiversar los hechos dijeron:

— Bueno, lo que pasa es que así estaba planeado, y es para ver porqué estamos así. Calma, escucharemos al último y luego comprenderemos y debatiremos sobre el asunto. ¡Calma! — dijo Test.

Sonrió el sexto personaje y dijo:

—Me ven ustedes viejo y se darán cuenta de que, por consiguiente, sé más que ustedes. Humanamente se dan cuenta a lo sumo, treinta y nueve segundos. Ahora les diré ¡Yo soy el verdadero culpable! ¡El único! Perdónenme jueces si alzo la voz, pero es que me dan pena todos ustedes, se supone que eran la gente buena, la gente proba, y ahora gritan que esto, es una farsa. Les aseguro que no lo es, y que yo soy el culpable y el creador de estos personajes, que han hablado con sinceridad.

Al primero, lo mandé con sus aventuras a la mente de un escritor tratando que el mundo comprendiera el significado de sus facultades, que eran, la caridad y la locura. Tal vez hubo gente que lo comprendió, y eso que, ¡era lo más difícil! Mi afán fue equívoco, pero Quijano queda libre de culpa.

Al segundo lo hice, por lo tanto, a mi manera, mas su medio lo acabó. Pero por ser parte de mi primer error queda absuelto y libre de culpa.

Al tercero le quité lo que más amaba y él por el contrario, hizo una novela de tipo místico y que ustedes con el tiempo sabrán si es verdadera o no. Por su donosura queda libre de falta.

A la cuarta persona la estimé mucho, mas nunca eran mis “voces” las que escuchaba. Fue en su afán considerada virgen y le absuelvo.

Y yo me acuso —dijo— de haber creado al mundo, de no haber demostrado a éste lo que es la caridad. Ustedes humanos dirían: “Es más hermoso dar sin recibir, pues al recibir, muchas veces, se muestran nuestros complejos.”

Pero no lo dicen, puesto que no saben de humildad, el máximo don en la vida. Perdónenme que haya sido hoy el juez y haya absuelto a todos estos personajes,

pero es que ahora “el juez, es el culpable” y lo lamenta.

Acúsome también de sacrificar a mi hijo por amor, cuando hoy me doy cuenta que en el mundo no existe ¿y existirá? Eso espero de vosotros algún día. Allá afuera, y porque yo lo quise, se quedaron los malos. Tengo fe en el mundo, a pesar de todo, y les pido sigan mis mandamientos.

Ustedes que son buenos tienen la palabra. La última venida que daré, será definitiva y ese día sí habrá un juicio más concreto. Y estarán los malos y a ellos castigaré con el infierno. ¡No seáis vosotros, por favor, ni su descendencia!

Mi nombre, yo no tengo nombre, pero me dicen Dios. Yo fui, este día, el culpable y el juez de mis acciones, todos vosotros, desde los jueces bondadosos, hasta la plebe del mundo; fueron testigos, y por lo tanto, los perdono de vuestros pecados. ¡Yo fui el culpable!

Y haciendo una seña a los personajes, como de un maestro dirigiéndose a sus alumnos, les pedía se retirasen.

El mutismo duró hasta que salieron por la puerta. Los jueces Paz Humanité, Esperanza Test y Lugubris Vestis comprendían la clase de juicio que habían tenido hoy. El más difícil, pero a la vez, el más humano.

Todavía Test dijo: —Créanme que aún no digiero esto, mas sólo les digo que no es obra nuestra, sino de Dios, me arrepiento de haberles mentido. Todos los presentes, debemos salir con ese afán, a reconquistar el mundo perdido.

Y salieron taciturnos los tres jueces, su fin había sido más que completo, pero. . .

La pléyade aún sin creer, se daba cuenta de lo ocurrido y se retiraba pensativa.

Y la gente del mundo, la gente buena, salía también del estrado, pero en muchas bocas de ellos se pronunció ¡Bah!